

bautizo de sangre, la penitencia, la eucaristía, las unciones sagradas y por su facilidad en confundirse con los otros cultos; fué la forma del paganismo que más resistió á los cristianos. Reinando Tiberio había sido crucificado, como el más degradado de los criminales, un personaje que se decía descendiente de David y legítimo rey de los judíos por ende, á quien muchos saludaban como un maestro y en quien un pequeño grupo de hombres humildes creía ver el Meshí ó Mesías, salvador prometido al pueblo de Dios. Ieshua ó Jesús, que así se llamaba, era un inocente; había llevado la vida intachable de los santos y los profetas, había predicado el amor y la misericordia como base absoluta de toda conducta y había muerto, víctima del miedo de los romanos hacia todo agitador, para añadir á su palabra sencilla y pura la predicación sublime del ejemplo. Su recuerdo inspiró tan profundo amor á los suyos y ese amor se convirtió en tan profunda fe que, sin temor á los romanos, el grupo de los discípulos de Jesús comenzó á predicar *la buena nueva* (Evangelio), es decir, la noticia de la venida del Mesías, personalidad milagrosa y divina, y la enseñanza que había predicado. Las ciudades de Siria, sobre todo la populosa y cosmopolita Antioquía, presentaron un buen terreno al proselitismo de la religión del Mesías ó *Cristos*, como traducían los helenos, dando á sus sectarios el nombre de *cristianos*. Pero la nueva religión se presentaba como una herejía ó disidencia del judaísmo; San Pablo le dió autonomía llamando á ella á los gentiles, aboliendo las prácticas judías que la embarazaban y acomodando su lenguaje al del mundo greco-latino. El comenzó el desenvolvimiento de aquella doctrina con un solo dogma: el amor de Dios por los hombres hasta redimirlos del mal por obra de su hijo el Cristo Jesús; una sola moral: el deber de los hombres de amar á Dios amándose entre sí, y un solo rito: la comunión de los cristianos por la distribución del pan, símbolo de la comunión de las almas con Dios. En Roma misma, aquella sencilla novedad, hizo entre los pobres artesanos, marinos, esclavos, muchos convertidos, sobre todo en los barrios donde había sinagogas judías, en donde los apóstoles hacían su aparición, causando hondas perturbaciones en la conciencia de las multitudes. Nerón los hizo aparecer en la historia como víctimas, después del incendio de Roma; pero la clase popular y la media poco rica acogían aquella nueva doctrina oriental que elevaba sorprendentemente el ideal de la vida, y los pequeños grupos ó iglesias se multiplicaban, se organizaban y se comunicaban incesantemente entre sí, poniendo en contacto el Oriente, donde eran ya profundas las masas cristianas, con el Occidente, y gravitando poco á poco hacia Roma como un centro, porque era el centro del imperio. Las supersticiones paganas eran tantas y tan minuciosas, que, á pesar de sus elementos sobrenaturales, el cristianismo exigía mucho menos sacrificios de la razón que los cultos paganos. Ya en el siglo II, todo lo que el cristianismo debía hacer ó decir, quedaba dicho; su organización con sus *presbíteros* ó ancianos y sus *episcopos* ó vigilantes, está ya trazada; sus dogmas fundamentales, como la Trinidad, están todos en germen en los Evangelios, en las Epístolas; su filosofía se va formando con la idea

griega de la inmortalidad del espíritu, conjugada con la creencia hebrea de la resurrección de los muertos; sus sacramentos y ritos, como el bautizo de los adultos, la confesión pública, la unción medicinal y sagrada á un tiempo, y sobre todo, la comunión y eucaristía, e. d., acompañada de la acción de gracias, que es el fundamento de la reunión dominical de los fieles y el símbolo por excelencia de su fe, de donde se originó *la misa*, existen ya. Los cristianos tienen sus asociaciones ó colegios para enterrar á sus muertos, porque rechazan la incineración, y empiezan, como los judíos y los sectarios de Mitra, á hacer vastos subterráneos que hoy llamamos *catácumbas*, como las cavadas en las cercanías de Roma en donde costaba tanto el terreno superficial; ahí en los tiempos de persecución se enterraban los mártires y se celebraban las reuniones secretas de los fieles.—Roma admitía á todas las religiones que podían avenirse con la suya, sobre todo con la nueva religión política que simbolizaba la adhesión absoluta al imperio; imperio y religión, patria y dioses era lo mismo; los cristianos podían adorar á Jesús, pero debían rendir homenaje en los altares del emperador. Los cristianos no sólo resistían, sino que proclamaban la mentira satánica de aquel culto; de aquí las persecuciones parciales de los tres primeros siglos, que se exacerbaban siempre que había alguna calamidad pública que atribuía el pueblo á la cólera de los dioses. Las persecuciones hicieron numerosísimos mártires (Renan) pero no fueron continuas; los cristianos presentaron en ellas tipos divinos de adhesión á la fe que serán en todos los siglos el consuelo y el honor de la conciencia humana; pero es preciso convenir en que aquellos hombres, sumisos á la ley y al emperador como nadie, minaban todo el edificio imperial despreciando la religión que era su base; eso explica cómo hombres intachables, como Marco-Aurelio, hayan permitido horribles persecuciones.—En suma el desenvolvimiento del cristianismo se explica por causas internas y externas; en las internas se distinguen estas principalmente: 1ª Predicaba la esperanza, es decir, la ventura en la otra vida á los que sufrían en ésta; y la filosofía casi nada prometía y casi nada las supersticiones politeístas. 2ª Era una religión universal, que no distinguía razas ni patrias, ni clases, ni situaciones; para ser cristiano bastaba ser un hombre y creer; entretanto que todas las religiones politeístas eran locales y la religión universal de Roma y el Emperador era una ficción. Causas externas: 1ª Unificación del mundo por los romanos, ruptura de todas las divisiones nacionales y locales y preponderancia de sólo dos idiomas, el griego y el latín. 2ª Tolerancia respecto de las sociedades organizadas entre los pobres para enterrar á los muertos, á cuya sombra se organizó la iglesia cristiana.—G. y L. G.

III

El Tercer Siglo.

1. Los Severos.—2. La anarquía militar.—3. Los príncipes ilirios.
4. La Jurisprudencia Romana.

1. A la muerte de Commodo, los senadores nombraron á un anciano, hijo de un carbonero, Pertinax, que empezó escatimando el donativo prometido á los pretorianos, que cerca de tres meses después lo asesinaron y pusieron el imperio en pública subasta; Didio Iuliano que ofreció cerca de mil doscientos pesos por individuo fué nombrado en el pretorio; sesenta días después lo degollaban. Todas las legiones se habían sublevado; las de Iliria proclaman á su jefe el africano Septimio Severo que se adueña de Roma (193), castiga á los asesinos de Pertinax y en dos campañas en Asia y las Galias vence á sus competidores. Esas guerras fueron feroces; el pueblo se levantaba en masa en el circo gritando "paz, paz," y Septimio, triunfante en la lucha civil, marchó contra los parthos, los venció en todas partes, penetró en sus capitales, Seleukia, Babilonia y Ktesifon, dejándolos tan debilitados que pronto desaparecieron de la historia. De vuelta en Roma en 203 se ocupó en administrar y asesorado por los más grandes jurisconsultos que hubo jamás, como Papiniano, su prefecto del pretorio, Ulpiano y Paulo, dictó leyes profundamente humanas, mientras que su esposa y las hermanas de ésta, las tres Julias, se rodeaban de filósofos y literatos y trataban de salvar al paganismo, haciéndolo monoteísta y filosófico y humano. Severo murió en Bretaña, durante una campaña con los caledonios; su última palabra fué *trabajemos* [211]. Por desgracia aquel emperador tan sensato, tan rígido y tan activo, dejó á sus hijos el trono; el uno, Caracalla, mató á Geta, su hermano, y reinó solo; era un loco horriblemente sanguinario como Nerón ó Commodo. Hizo dos cosas buenas entre otras abominables: dió á todos los hombres libres del imperio el derecho de ciudadanía y construyó para el pueblo romano las *termas*, palacio balneario que llevó su nombre y que fué una maravilla de grandeza, de opulencia y arte. Macrino, prefecto de Caracalla lo mató en 217 y se hizo proclamar emperador en Mesopotamia; era el primer personaje del orden ecuestre que subía al

solio. Pero una de las Julias de la familia de Severo, presenta á las tropas á su nieto Basiano, sacerdote del sol en Siria, y apenas adolescente. Macrino es muerto en su fuga y Basiano, con el nombre de Elagabal, va á Roma á inaugurar un reinado de goloso y de impuro que es el bochorno de la historia; se hacía servir lenguas de ruiseñores y, empeñado en ser emperatriz, reunió un senado de mujeres para legislar sobre modas. Un motín acabó con él y su primo Alejandro Severo sube al trono á los diez y seis años; filósofo y humanitario, veneraba á Jesús como á Orfeo; de carácter debilísimo, dejó degollar á su prefecto el gran Ulpiano, en su presencia. La desaparición de los parthos y la aparición de un segundo imperio persa bajo la dinastía de los *Sasanidos* lo obligó á combatir en Asia; una invasión germánica lo atrajo á la frontera del Rhín; ahí lo asesinó un soldado renombrado por sus fuerzas hercúleas, *Maximino*, que se hizo emperador (235).

2. Siguióse una espantosa confusión; Maximino avanza hacia Italia; en Africa son proclamados emperadores dos Gordianos y muertos en seguida; Pupieno y Balbino nombrados por el Senado sucumben á manos de los pretorianos, después de haber sido asesinado el matador del último Severo. Un niño, Gordiano III, obtiene el imperio y parte con un excelente consejero, Timesiteo, á combatir á los persas; muerto este ilustre personaje, un oficial árabe y probablemente cristiano, Filipo, hace perecer á Gordiano, viene á Roma y poco después sucumbe combatiendo en Verona á uno de sus oficiales que se había rebelado contra él [249]. Este oficial era Decio, el terrible perseguidor de los cristianos.—Aparecen entonces en escena los *franks* sobre el Rhín y en el Danubio los *goths*, que habían bajado de la Escandinavia boreal y extendiéndose á lo largo del Vístula habían penetrado en Dacia y contemplado con inmensa codicia las opulentas ciudades del imperio. Cuando salvan el Danubio quiere contenerlos Decio y es vencido y muerto [251]. Comienzan de nuevo las legiones á hacer emperadores y siguen los germanos [*alamans* y *goths*] rompiendo las fronteras de Italia é invadiendo el Asia Menor, mientras el rey persa Shapor conquista la Siria. Allá corre el nuevo emperador Valeriano y es capturado y afrentado por el persa. La situación era terrible; Galieno, hijo de Valeriano, es el emperador en Roma; pero cada provincia, cada legión tiene el suyo. Esta anarquía salvó al imperio; uno de esos emperadores provinciales, Postumo, contuvo las invasiones en el Rhín; otro, Odenath, y su mujer Zenobia, jeques de las tribus árabes que se agru-

paban en derredor de Palmira, la capital de mármol del desierto, vencieron á los persas.

3. Por fin, muerto en una asonada militar Galieno (268) un oficial ilirio, Claudio II, proclamado emperador, logra vencer á los godos que asolaban la Mesia y muere poco después; el bravo Aureliano obtiene el trono [270]. En los cinco años que dura su gobierno pone á Roma en estado de defensa, rechaza á los germanos, abandona la Dacia para defender mejor el Danubio, destruye los reinos independientes de Zenobia, que se defiende heroicamente en Palmira, y de Tetricus, un César de las Galias, que renuncia al poder, y así reunifica el imperio. Es asesinado en 275 y el Senado, inoportuno por tercera vez, confía el imperio al anciano Tácito que sucumbe pronto. Entonces las legiones de Asia dan la púrpura á Probus, el compañero de Aureliano. Excelente soldado, vence á los bárbaros en todas las fronteras, pero no puede impedir á los *franks* la temeraria expedición que emprendieron desde el Ponto-Euxino, recorriendo todo el Mediterráneo, saliendo por el estrecho de Hércules y volviendo á las bocas del Rhin después de asolar las costas españolas y galas. Los soldados mataron á Probus, que los hacía trabajar demasiado y dieron el imperio á Carus [282] que pereció á orillas del Tigris. Su hijo y heredero Numerianus muere asesinado poco después, y las legiones proclaman al *conde de los domésticos* imperiales, Diocleciano (284), que entra en Europa en busca del otro hijo de Carus, Carinus. Un oficial mata á éste y el dalmata Diocleciano es dueño del imperio.

4. Con la dinastía de los Severos termina el gran período de creación de la jurisprudencia romana y comienza el de coordinación; á la era de los juriscultos sucede la de los codificadores. Tracemos en brevísimos rasgos el camino recorrido. Como todo en el mundo antiguo, la religión fué la primera que definió las reglas á que las relaciones de los individuos debían sujetarse en la ciudad romana y el conjunto de estos cánones hieráticos se llamó *fas*. Como toda obra religiosa ésta tendió á hacerse inmutable y entró en conflicto con las necesidades nuevas; la propiedad inalienable comenzó á movilizarse por una ficción; el riguroso derecho del padre, juez supremo de la familia, encontró un límite en la ley; la autorización de los comicios, necesaria para testar, fué, por otra ficción, otorgada á los plebeyos. La honda perturbación causada en Roma por la supresión de la monarquía, produjo al cabo un derecho igualitario y laico, *el derecho civil* inscrito en las Doce Tablas, que Cicerón juzgaba ingenuamente superior á cuanto enseñaba la filosofía helénica. Entonces empezó propiamente el reinado del *ius*. De este derecho, de las acciones de él nacidas,

sólo los ciudadanos podían usar; fuera de este derecho, tanto en Roma como en las provincias, estuvo hasta el 2º siglo la mayoría de los habitantes del imperio; estas personas designadas con el nombre genérico de *peregrini* necesitaban, sin embargo, justicia. Quien daba las reglas de la aplicación de la justicia en Roma era la pretura urbana, función creada en 266, a. E. V., con el objeto de desmembrar el consulado, codiciado por los plebeyos, segregándole la facultad judicial y atribuyéndola con el *imperium* á un magistrado, de elección popular; el pretor, al tomar posesión de su cargo anual, daba á conocer, en forma de *edicto*, los principios jurídicos á que entendía sujetar sus decisiones y los procedimientos [*formula*] que adoptaba. De aquí nació el derecho civil estricto.—Pronto fué necesario crear para los extranjeros que pululaban en Roma un pretor especial que definiera el derecho entre los *peregrinos*; los romanos para abreviar le llamaron el *pretor peregrino*; el edicto en que definía el derecho el pretor urbano se llamó *edicto perpetuo*, á él se sometían los jueces de hecho. Para fijar el suyo, el pretor peregrino se atuvo á la *equidad*, esta forma superior de la justicia, y para ello acudió á la investigación de las costumbres jurídicas análogas entre los diversos pueblos ó naciones [*gentium*], formándose así un derecho común á los hombres; pudiera decirse, que se llamaba generalmente *el derecho de gentes* y que se confundía por un extremo con los pactos entre Roma y los otros pueblos que constituían el derecho *fecial* ó de los *feciales* (colegio sacerdotal encargado de definir los derechos y obligaciones de Roma respecto de los otros pueblos, derechos y obligaciones puestos bajo el amparo de los ritos religiosos) y por el otro extremo con lo que nosotros llamamos el derecho racional ó natural. Las fórmulas ó procedimientos usadas por los peregrinos, fueron también sencillas; las prácticas mercantiles tuvieron una influencia directa en ellas, y las simplificaron dando á la intención y á la buena fe, el papel que un complicadísimo ceremonial jurídico tenía en las acciones del derecho estricto, lentamente sustituidas por las del equitativo que recibieron el nombre de *excepciones*. De todo ello resultó un derecho pretoriano (así se llamó también el derecho equitativo) superior por lo humano y lo práctico al civil, y toda la historia del derecho romano consiste en marcar la influencia que aquel tiene en éste, hasta confundirse ambos en el *Edicto perpetuo* por excelencia, el autorizado por Hadriano.—Los juriscultos ó *prudentes* determinaron la evolución final del derecho, hijo del carácter utilitario y positivo de los romanos, el pueblo *in utilitatem rapacissimum* de que habla Plinio; ellos comentaron la legislación y dieron consultas sobre la aplicación de las leyes y estas *responsa* recibieron cierta fuerza legal en los tiempos imperiales. Los emperadores hicieron de los juriscultos sus consejeros y á ellos se deben las *constitutiones* ú ordenanzas del emperador que fueron en realidad leyes. Entonces el derecho romano comenzó á coordinarse; bajo los Antoninos el *edicto* fué redactado por Salvio Juliano; pero en tiempo de los Severos brillaron los grandes clásicos de la jurisprudencia romana: *Gaius*, desconocido en Roma, y redactor de un manual escolar para los estu-

diantes de derecho: las Institutas; *Papiniano*, la autoridad magna en las pandectas publicadas por Justiniano tres siglos después; *Ulpiano*, el autor de las *Reglas* famosas y Paulo y Modestino. Con ellos la ciencia del derecho se levantó á una altura, en comparación de la cual, los trabajos de la República parecen preliminares; dieron á sus escritos y á su estilo lapidario la claridad y la perfección que en las otras ramas de la literatura había desaparecido y, en resumen, hicieron del derecho de una ciudad el de la humanidad entera (Teuffel). Esto se debió á la filosofía griega, triunfante entonces bajo su forma ecléctica y de la que los jurisconsultos fueron agentes prácticos. De ella provienen: la personalidad humana devuelta al esclavo; la extinción del derecho de vida ó muerte del padre; la de la potestad conyugal que convertía á la mujer en sierva casi y, en fin, la supresión del antiguo derecho quiritaro, sustituido por *la propiedad*, término filosófico que indica el advenimiento del derecho individual. En cambio, el poder absoluto de los emperadores considerados como fuentes del derecho, sustituye á la antigua concepción de la ciudad. La jurisprudencia es el más duradero elemento llevado por los romanos á la civilización humana.

IV

Constitución del despotismo imperial.

1. Diocleciano y la tetrarquía.—2. La guerra de sucesión.—3. Constantino.
4. La Iglesia triunfante.

1. Diocleciano comprendió la inmensa dificultad que había en el gastado cuerpo del imperio para sobreponerse á las invasiones, y decidió concluir con los últimos restos de la constitución de Augusto, rematando la evolución del imperio hacia el absolutismo pleno, con la supresión de toda sombra de poder en el Senado, la privación de sus privilegios á Italia y del rango de capital á Roma; el emperador fué un monarca oriental, vestido como un dios, ceñido con la diadema mitrada de los reyes persas y separado de la humanidad por un mundo de funcionarios. Concentrado así el poder, lo distribuyó en cuatro personas que formaban una unidad ficticia: él con el título de Augusto se reservó Tracia, Asia y Egipto con Nikomedia por capital; con el mismo título, Maximiano, valiente soldado, hijo de un campesino del Danubio, recibió Italia, Sicilia y Africa, con residencia en Milán; Galerio, un antiguo pastor, obtuvo, como César ó hijo adoptivo de Diocleciano, Iliria y Grecia; el César de Maximiano, Constancio el pálido (Cloro), gobernó en Bretaña, Galia y España; así quedaba organizada la defensa

del imperio, debiendo reinar entre los cuatro tetrarcas una armonía divina, y para tener á los dioses propicios, se ordenó una terrible persecución á los cristianos. A fin de ver funcionar su ingeniosa obra, Diocleciano abdicó en 305, cuando después de terribles campañas, las fronteras del imperio habían llegado al Tigris.

2. Maximiano, que se denominaba Hércules, tuvo que abdicar también y Galerio y Constancio fueron Augustos. Pero cuando á la muerte del segundo, su hijo Constantino pretendió el título de Augusto, Galerio se lo negó y nombró como tal á Severo; dándose como César á un tal Maximino. Pero en Italia se rebelaron el viejo Maximiano y su hijo Maxencio que se adueñó de Roma; había pues seis emperadores y se encendió una guerra sangrienta. Muertos Galerio, en medio de las maldiciones del pueblo cristiano, y Maximiano, Constantino logra apoderarse de Italia derrotando á Maxencio y da á las legiones una enseña nueva, el *lábano*, en donde estaba grabado el signo de la cruz con esta divisa en griego: *vence por esto*; este lábaro había aparecido en sueños al emperador. Licinio, hijo adoptivo de Galerio, había logrado á su vez apoderarse del Oriente y ambos vencedores se reunieron en Milán; ahí promulgaron el famoso edicto de libertad religiosa (313) que permitió á la Iglesia crecer y propagarse á la luz del día: de una fórmula terminante de libertad de conciencia ha sacado el cristianismo el derecho legal de existir!—La buena inteligencia entre Licinio y Constantino duró poco; después de dos campañas, Licinio vencido tuvo que rendirse á su hermano político que lo hizo estrangular; en 323 Constantino era el dueño del Imperio. ¿Por qué el emperador se había resuelto á cristianizar el Imperio? Hijo de una cristiana (Santa Helena) todas sus simpatías estaban del lado de la religión de su madre; por ella conocía á fondo la organización de la Iglesia; la persecución tremenda de Diocleciano no había podido extinguir, sino renovar la vitalidad de este organismo; en cambio la unidad religiosa del politeísmo se había disuelto en supersticiones y el culto político de Roma y el Emperador había concluido con el eclipse de la ciudad eterna. Y como, según la teoría del Estado, tenía éste que disponer de la fuerza religiosa é identificársela, Constantino, jefe del Estado, decidió hacer del cristianismo la religión del Estado, es decir, hizo, de lo que ya era una fuerza social, una entidad política concéntrica con el imperio; el emperador era ese centro.

IMPERIO CRISTIANO.

(323 á 476.)

I

De Constantino á Teodosio.

1. La Iglesia Cristiana.—2. Constantino y sus sucesores.—3. Teodosio y la división del Imperio.—4. La sociedad romana.

1. La Iglesia cristiana había vivido y crecido, reclamando con admirable tenacidad la libertad religiosa; los apologistas, filósofos convertidos que se atrevieron á dirigirse á las autoridades imperiales con sublime valor, hacían de la libertad la sustancia de sus razonamientos, que el más elocuente de los padres de la Iglesia, Tertuliano, resumía admirablemente así: *Es de derecho humano que cada cual adore lo que quiera y es contraria á la religión la coacción en materias religiosas* [Ad Scapulam]. Tal era el programa trazado á la Iglesia en sus días heroicos y olvidado absolutamente después. Cuando sonó la hora de la paz para la Iglesia, ya quedaban pocos vestigios de la humilde asamblea de hermanos que se reunía en casa del más anciano (presbítero) para oír la correspondencia de las otras iglesias, un fragmento de la biografía de Jesús, distribuirse el pan fraternal y orar [epístola, evangelio, comunión]. Un clero poderosamente organizado existía ya; la institución episcopal había progresado y, en pleno imperio pagano, cuando la insensata política financiera de los últimos emperadores hizo imposible la vida municipal, en las poblaciones cristianas los obispos tuvieron de hecho la autoridad; el episcopado mismo se había constituido gérarquicamente, aprovechando las divisiones administrativas del imperio y en las ciudades notables había arzobispos, y en Roma, Alejandría, Antioquía y Constantinopla luego, había primados ó patriarcas, que eran los árbitros de los grandes grupos de Occidente y Oriente; la Iglesia impregnada de espíritu romano buscaba la unidad, por eso pudo amalgamarse tan fácilmente con el imperio, por eso pronto el obispado de Roma empezó á ejercer una preeminencia general y una hegemonía completa sobre el Occidente. Los sínodos ó concilios provinciales y los generales, eran ya frecuentes

y en ellos la Iglesia tomaba conciencia de sí misma y fijaba sus doctrinas; esto era necesario porque las disidencias pululaban; fué la más célebre en el Siglo IV la heregía racionalista de Arrio, que pretendía que el Cristo no era de la misma esencia de Dios, sino creado por éste. La Iglesia encontró bien pronto su camino en el caos de las doctrinas heréticas: afirmar que Cristo era Dios y que había sido hombre, tan completo como Dios, como lo era como hombre; todo lo que de esta doctrina se separaba era herético; además los libros canónicos del antiguo y del nuevo Testamento quedaron clasificados por los concilios.—La Iglesia, pues, con todos sus organos de resistencia pudo sobrevivir á las terribles persecuciones del Siglo III y á las de Dioclesiano, tan espantosas, que la Iglesia abrió con ellas la Era de los Mártires. Cuando la persecución concluyó, resultaba que del año 64 al 313, los años de persecución y los de tranquilidad se compensaban; en el Siglo III por 25 años de lucha hubo setenta y cinco de paz [Allard].

2. La obra de Constantino puede resumirse así: realizar la unificación de la Iglesia, bajo el cetro imperial; dar un centro nuevo al imperio. Para lo primero reunió un Concilio universal en Nikea, presidido por un delegado suyo, con el objeto de acabar con la heregía de Arrio; el Concilio ecuménico proclamó la consubstancialidad del Padre y el Hijo y redactó un símbolo de fe, que fué la base fundamental de la Iglesia católica. La heregía de Arrio aún vivió en el imperio y sus misioneros convirtieron á su cristianismo heterodoxo á la mayor parte de los pueblos germánicos. El mismo emperador cambió de parecer y al fin de su vida se hizo bautizar por un obispo arriano.—La nueva capital fué Constantinopla, admirablemente situada en la antigua Bizancio, entre Europa y Asia, para atender mejor á la defensa contra los más formidables enemigos que atacaban las fronteras, en el Danubio los Goths y en Siria los Persas. Constantino que era cruelísimo, hizo perecer á su hijo, luego á su mujer y á varios parientes. Cuando murió en 337 dividió el imperio entre sus hijos Constantino, Constancio y Constante y reconoció ciertos derechos á sus sobrinos. Asesinatos, disenciones teológicas, luchas civiles ó con los persas, distinguen esta época; Constancio queda en 353 dueño del imperio; de sus parientes asesinados por su orden, sólo se salva su primo, Juliano, á quien da el mando de las legiones del Rhin; éstas lo proclaman emperador, lo llevan á Constantinopla en donde ocupa el trono ya vacan-

te por muerte de Constancio (355). Dos cosas caracterizan el reinado de este hombre notable, filósofo, orador y el mejor escritor de su tiempo: su tentativa de convertir el politeísmo en una religión filosófica y monoteísta dándole por dios supremo á Mithra (el Sol) y la de sustituirlo, como religión oficial, al cristianismo, que odiaba profundamente, porque le atribuía los martirios de su familia y porque profesaba inmensa adoración por la cultura helénica. Por eso los cristianos le llamaron *el apóstata*. Afortunadamente para la Iglesia, el joven emperador que era un soldado de primer orden, pereció en una campaña contra los persas [363]. Su intención errónea, era noble; pero su desconocimiento de las necesidades del tiempo fué profundo; el triunfo de los galileos, como llamaba á los cristianos, no era un capricho de Constantino, era una ley de la historia.—Concluida la dinastía de los segundos Flavios (Constantino Flavio) un general cristiano, Iovianus, que restauró en su posición triunfal á la Iglesia y murió luego y en seguida otros dos, Valentiniano y Valens, que se distribuyeron el imperio, quedando este último en Oriente, fueron la obra rápida del ejército. Valentiniano combatió en todas las fronteras; en Bretaña á los Pictos, en el Rhin á los Franks, en las tierras decumates á los Alamanos, en el Danubio á los Kuados, en Africa á los Berbers y Mauros; muere en 375. Valens, único emperador entonces, sucumbe en una lucha con los visigodos; estas tribus, huyendo de las invasiones tártaras (los Hunos) que asoman en el Pruth, piden tierras al imperio, Valens los acantona en Pannonia, pero sigue con ellos una política de vejaciones tal, que los obliga á rebelarse y en un terrible encuentro en Andrinópolis sucumbe el ejército imperial y muere el emperador (378). Los hijos de Valens, Graciano y Valentiniano II, perecieron víctimas de las rebeliones en Occidente; por fortuna se habían asociado de antemano á un ilustre general español, Theodosio, á quien habían dejado el Oriente y que en 392 era el solo dueño del Imperio.

3. La política de Theodosio fué bien mala; pero quizás las circunstancias no permitían otra. Comenzó por celebrar la paz con los visigodos, transformándolos en un gran cuerpo de auxiliares á las órdenes de su rey Alarik, que recibió un alto título imperial. Luego dedicó todo su afán á consolidar el imperio de la Iglesia ortodoxa, haciéndose el ejecutor de las disposiciones del concilio ecuménico de Constantinopla (381), persiguiendo á los arrianos y ordenando con todo rigor la clausura de los templos paganos. Algunas ciudades se rebelaron; An-

tiokuía se salvó gracias á la intervención elocuente de Juan Khrysóstomo; pero en Tesalónica, Theodosio hizo matar siete mil personas. El obispo de Milán, Ambrosio, el gran enemigo de los politeístas y del Senado de Roma, en donde tantos había aún, lanzó contra el asesino sus anatemas y á pesar de su ortodoxia lo obligó á hacer en Milán penitencia pública; la Iglesia apenas triunfante mostraba que tenía en las manos el modo de sobreponerse á los mismos que compartían con ella el imperio.—El año de 394 Theodosio pacificó el Occidente agitado por los asesinos de los hijos de Valens, y en seguida distribuyó el Imperio; á su hijo Arkadio, de 18 años, dejó el Oriente, bajo el cuidado de uno de sus hombres de confianza, Rufino, y al otro, Honorio, le dejó el Occidente y por tutor (tenía once años) á un oficial bárbaro, valiente y habilísimo, Stilikón. Hecho esto murió en 395. Con esta división del imperio, que fué definitiva, termina en realidad la historia antigua y comienza la Edad Media; para conformarnos con el uso, aún retardaremos la conclusión de la primera hasta el año de 476.

4. Veamos lo que era la sociedad que tan profunda, pero tan lentamente va á transformarse. LA ADMINISTRACIÓN. Gracias á una especie de almanaque oficial, redactado por el año de 400 [*Notitia dignitatum et administratum omnium tam civilium quam militarium, etc.*] conocemos todos los detalles importantes de la administración romana. El emperador es *como un dios presente y corporal*; su familia es sagrada y participa de este reflejo sobrehumano; su casa, compuesta de innumerables oficiales, servidores y esclavos, estaba dividida en militar, gobernada por dos *condes de los domésticos*, y civil, dirigida por el *preposición de la alcoba sagrada* ó gran chambelán y el maestro de oficios. El antiguo consejo del príncipe es ya el *Consistorio* encargado de promulgar las leyes y asistir al emperador en todo lo administrativo; todos los altos funcionarios eran ilustres ó clarísimos, perfectísimos, egregios, etc. Tanto en Roma como en Constantinola, había cónsules y un Senado, cargos y cuerpo puramente honoríficos; apenas si el Senado de Roma podía considerarse como el consejo municipal de la ciudad.—El imperio (que aún es considerado como una unidad dividida en dos partes) está dividido en cuatro prefecturas (dos en Oriente y dos en Occidente) gobernadas por prefectos del pretorio, que son los segundos personajes del imperio. Estas prefecturas y sus capitales eran Italia (Milán), Galias (Treveris) y Oriente (Constantinopla) é Ilyria (Sirmium). Cada prefectura estaba dividida en *diócesis* gobernadas por *vicarios* y cada diócesis en provincias que formaban un total de 119. El ejército está formado por los bárbaros en su mayor parte con el nombre de *leti* ó *federati*. Las funciones civiles preponderan sobre las militares, los ciudadanos se acogen á ellas y abandonan el ejercicio de las armas; así es que cuando los

Bárbaros invasores y los *bárbaros defensores* se unen, cae el imperio de Occidente. El ejército está mandado por *maestros militares* como Alarik, que tiene á sus órdenes duques y condes. Las *finanzas* parecen administradas con gran regularidad; el *erario sagrado* y el privado del emperador se distribuyen los ingresos; las fuentes de éstos eran: contribuciones directas (predial, capitación, patentes) ó indirectas (alcabalas, 4 por 100 sobre ventas, portazgos y peajes). El monto de los ingresos era de unos 300 millones de pesos; cada municipio hacía sus gastos propios y además el Estado explotaba por su cuenta varias industrias, mineras y otras, como la fabricación de paños y de armas, y monopolizaba las de la seda y la púrpura. El sistema produjo desastrosos efectos porque una parte de los ingresos se gastaba en la corte más dispendiosa que hubo jamás (el barbero del emperador tenía veinte lacayos y otros tantos caballos, V. Gibbón cap. sobre Juliano), y porque el modo de percepción era para agotar toda fuente de riqueza: cada municipio debía pagar un tanto al erario; los *curiales* ó miembros de la curia municipal, que eran los más ricos, debían responder con su fortuna de este tanto; de aquí provinieron dos cosas: horribles exacciones para sacar el impuesto de la población, cada vez más pobre por el abandono de los campos y la falta de comercio, gracias á las incursiones de los bárbaros; resistencia de los ricos á formar parte de las curias; obligados á ello, eran expoliados de sus fortunas; algunos para huir de este honor se vendían como esclavos. En vano los emperadores nombraron *defensores de las ciudades*, para protegerlas aun contra los agentes del fisco; la corte era insaciable vorágine y el nuevo cargo sólo aprovechó al prestigio de los obispos que generalmente lo desempeñaban. LA SOCIEDAD, como siempre, tenía por base la esclavitud. La jurisprudencia habría llegado á abolirla; la Iglesia, aconsejando la obediencia y la resignación, no sólo no abolió la esclavitud, sino la consolidó; no la Iglesia, sino el espíritu igualitario del cristianismo, minó la esclavitud poco á poco, aunque la suavizó desde luego. Sobre los esclavos estaban los *colonos*, que aunque libres de derecho, no podían desprenderse del suelo que cultivaban; eran de hecho *siervos de la gleba*. La población industrial se dividía en corporaciones reglamentadas, formadas por los artesanos que servían en las manufacturas imperiales y que eran verdaderos siervos en sus gremios, y los artesanos libres, como pintores, arquitectos, médicos, etc., todo, por supuesto, reglamentado, porque todo estaba sujeto á reglamento en el Bajo imperio que era un mecanismo y no un organismo; le faltaban cada vez más la espontaneidad, la vida. Más altos estaban los comerciantes y los propietarios, rica clase media, que agotó y mató el sistema de recaudación del impuesto que antes indicamos; ellos eran los destinados á las curias. Encima estaba la clase senatorial de los *clarissimi*, e. d., la nobleza. Una distinción general existía en aquella sociedad, la de los pobres, *humiliones*, y los ricos, *honestiores*; no distinción social, sino oficial; el primero ante la ley civil y penal no era igual al segundo, que gozaba de inmunidades; así, p. e., nunca á los *honestiores* podían imponerse penas corporales. Esta situación explica la inferioridad

creciente en los caracteres y la poca resistencia que en el Siglo V opuso el imperio á los bárbaros.

II

El Imperio de Occidente.

(395 á 476.)

1. Los Bárbaros.—2. Las invasiones.—3. Fin del imperio de Occidente.

1. Los romanos llamaban *bárbaros* á todos los habitantes de las poblaciones situadas fuera de las fronteras y á los que como federados, letos, colonos se establecían en el interior y que con el nombre genérico de *gentiles* ó peregrinos tenían derecho á la equidad; mientras los de fuera como *hostis* estaban fuera de todo derecho. Dos grupos de bárbaros lucharon desde el Siglo III, sin cesar, contra el imperio; en Oriente *los persas* y en Occidente *los germanos* [de *wehr-man* hombre de guerra]. Nos ocuparemos en los últimos: en el Siglo IV, los germanos que parecían crecer en fuerza á medida que más eran vencidos por los romanos, formaban tres grandes grupos distintos: los Teutones al Occidente; los Godos al Oriente y en el Norte los Escandinavos. Como en todos los pueblos, en este período de su evolución, las costumbres eran las mismas; sin embargo, entre la ferocidad de los saxones y la mansedumbre de los burgundios, la diferencia se marcaba ya; entre los gobiernos militares, pero temporales y electivos de los *franks* y la organización monárquica de los *goths*, la heterogeneidad era completa; unos vivían como nómades, otros tenían sus aldeas; pero para todos había una sola religión, la guerrera de *Odin* ó *Wothan*, padre universal y su hijo Thor, el dios predilecto de los guerreros que habitaban un Eden [*Valhala*], en donde recibían las sombras de los bravos recogidas en los campos de batalla por las Valkirias. Los sacerdotes, simples hechiceros entre los teutones, eran los directores y los jueces de los godos, con el nombre de *Aeses*, que también se daba á los dioses; las profetizas, *Véledas* ó *Abrunas*, hacían entre ellos gran papel y el culto estaba contaminado con la práctica constante de los sacrificios humanos.—El jefe [*king* ó *hertzog*] convocaba á los guerreros que en cambio de la *frámea* ó el corcel de batalla le juraban fidelidad; eran sus *fieles*, sus hombres. Entre los teutones estos guerreros formaban asambleas ó *malls* para decidir los asuntos de interés

común, presididas por los sacerdotes; si los guerreros aprobaban, golpeaban los escudos con sus espadas; si no, soplaban en el hueco de esos escudos produciendo un inmenso berrido [*barritos*]. El germano sólo podía ser juzgado por un jurado de sus pares, que, en caso de homicidio, le imponía una compensación, la *wergeld*.—Por lo demás, sus costumbres, rudas y sanguinarias, tenían cierto carácter de sencillez ó pureza patriarcal que ya Tácito señalaba en su obra clásica sobre los germanos.—Una recrudescencia del fanatismo odínico había coincidido con las primeras tentativas del paganismo de pasar las fronteras; además, los *eslavos*, empujados por la movible familia uralo-altaica, avanzaban hacia el Occidente, comprimiendo aquella inmensa masa de pueblos que se agitaba entre el Mar del Norte, el Báltico, las fronteras imperiales, el Vístula y el Ponto Euxino, y cuyas tribus pululaban en la inmensa selva Hercynia que bajaba de los Alpes á las regiones bajas de la Germania septentrional, ó en las estepas de la Escitia, llenas de odio y de codicia á la vista de la prosperidad del imperio; desde el Siglo III, los bárbaros se infiltraban lentamente en las legiones, y en los albores del Siglo V ocupaban ya buena parte de las provincias, como cultivadores, como esclavos, como soldados y como funcionarios. Antes de la aparición de los Hunos, los Goths se extendían desde la Escandinavia al Danubio inferior y al Euxino, divididos en Godos del Oeste (visigodos) y del Este ó ostrogodos que tocaban al Cáucaso por los Alanos; los godos que habían quedado al Norte se llamaban, los rezagados, Gépidos; los Burgundios, los Hérulos, los Longobardos, los Vándalos, eran pueblos en marcha que avanzaban hacia los Alpes escalonados desde el Báltico. Los Teutones al Oeste comprimidos contra los límites romanos, habían formado tres grupos ó federaciones principales: de las bocas del Rhin al Mein, los Sicambros, los Kates, los Shamaves, habían formado una liga que se distinguía por el uso de una hacha doble *la frankisca* y se llamaban los *franks*, que con sus cabelleras atadas en un solo penacho encima de la cabeza, sus ojos verdes, sus largos bigotes, eran bien conocidos de los romanos de las Galias; entre los *franks* y el Kersoneso Cimbrico (Dinamarca) los shaukos, los frisones, los iutos, los anglos, los kersucos, habían formado otra liga dominada por una nobleza militar y que por el uso del *sax* (cuchillo de combate) se denominaba de los *Saxones*; su terrible grito de guerra: *mano al sax*, llenaba de espanto las comarcas que invadían ó sobre los caballos de Frisia ó en sus embarcaciones

rápidas que parecían hijas de la noche y la tempestad; los Kuads, los Suevos, nombre que solían dar los romanos á todos los germanos, los Hermundurs, los Markomans etc., formaban entre el Rhin y el Danubio, la liga de *todos los hombres* (All-mans) ó alemanés. Los disturbios del imperio ostrogótico, atrajeron de la cuenca del Rha (Volga) á la del Danubio, las numerosas hordas de tátaros y kalmuks, que parecían bárbaros al lado de los bárbaros; siempre á caballo, alimentados con carne cruda y leche de yegua, sedientos sólo de destrucción y sangre, teniendo por dios una espada, por su aspecto horroroso, sus rostros imberbes, sus cabezas redondas y chatas, sus ojos pequeños y oblicuos, parecieron á los godos engendrados sobre el estiércol por los demonios y las brujas. Al mando de sus Khans, seguidos de sus carros y sus rebaños, los Hunos ó *Kumi*, sometieron á los ostrogodos, los arrastraron en pos suya y fueron á acampar en plena Dacia abandonada por los visigodos que se habían refugiado en el corazón del imperio.

2. La romanización de los germanos, que el imperio de los tres primeros siglos apenas intentó en la Germania misma, hubiera evitado la Edad-Media; la romanización de los que habían penetrado en el imperio, se habría efectuado también á la larga; la división de Teodosio, hija del principio hereditario tan funesto á Roma y la invasión asiática, lo impidieron y precipitaron todo. Stilikón, vándalo de origen, pensó unir íntimamente al imperio de Occidente y los bárbaros; Honorio, su pupilo y su yerno futuro, dominado por su esposa Serena, poseía un alma inerte que lo destinaba á no ser jamás ni un rey ni un hombre; podía disponer de él á su antojo; pero lo mismo sucedía con Rufino y Arkadio; y Rufino y Stilikón se odiaban. Una hábil intriga del vándalo, cuesta la vida á Rufino, á quien sucede el eunuco Eutropio en el favor de Arkadio. Éste hace un tratado con los visigodos; da á su rey Alarik el título de maestre de las milicias, y el bárbaro abandonando á Grecia, que asolaba, acampa en Iliria, en las fronteras de Italia, y mientras Stilikón organiza el auxilio de los bárbaros al imperio en el Rhin y en África, Alarik invade el valle del Po; desguarneciendo las otras fronteras, Stilikón reúne sus legiones y lo vence en una batalla que su poeta oficial Claudiano puso por las nubes; Alarik se retira, y Honorio que hasta entonces sólo se había ocupado en las peleas de gallos, celebró un triunfo espléndido en Roma; por la vez postrera los gladiadores se batieron en el Circo. Un rumor inmenso lle-

ga hasta sus oídos; los germanos en gigantesta turba han pasado los Alpes y dirigidos por su rey—profeta Radagast, salvan los Apeninos; el emperador tiembla, pero Stilikón los ataca y los destruye. Por desgracia las Galias estaban perdidas; aprovechando el estado de las fronteras, los Burgundios, los Vándalos, los Suevos, los Alanos cruzan los límites y cubren las Galias de ruina y desolación. Los cristianos ortodoxos y los favoritos de Honorio, acusan á Stilikón de estas calamidades por sus ambiciones y sus amistades paganas, y logran que Honorio lo haga perecer. Los arrianos y los auxiliares bárbaros hostilizados, corren á Iliria, instigan á Alarik y lo lanzan sobre Italia. El visigodo se presenta delante de Roma, que todavía contaba medio millón de habitantes, cuarenta y cinco mil habitaciones y mil setecientos palacios, grandes algunos como aldeas y resplandecientes de lujo. Lo que Alarik quería era el lugar de Stilikón en el Imperio y espantar á Honorio encerrado entre los pantanos, los bosques y el mar, en la inexpugnable Ravena. Hizo que el Senado depusiera á Honorio, y diera la púrpura á un rico literato griego, Attalo, y cansado de éste se decidió al fin á apoderarse de la ciudad que cubrió de sangre y ruinas. El espanto fué inmenso; el prestigio portentoso de la ciudad eterna estaba roto; el fin del mundo se aproximaba: los cristianos, Agustín, Jerónimo, lloraban, pero veían en aquel atentado increíble, un hecho providencial, el golpe de muerte al paganismo (410). Todo iba á concluir; sólo la iglesia sobreviviría, afirmaban los grandes cristianos; el mundo perece, clamaba S. Jerónimo desde Palestina, pero nuestra erguida cerviz no se doblega. Honorio recurrió á un ministro hábil, Constancio, que trata con Ataulf, el sucesor de su cuñado Alarik, muerto en el Sur de Italia; el nuevo rey, eco de las aspiraciones de los visigodos ya familiarizados con la cultura romana, lo que quería era establecerse en el imperio; Honorio le concede la mano de su hermana Placidia y lo envía á las Galias á luchar contra los invasores; logra por fin establecerse en Aquitania. Honorio muere en 424.—No faltaron usurpadores; pero la corte de Constantinopla obró con rapidez y habilidad y Placidia logró, bajo su regencia, hacer reconocer emperador al hijo que, muerto Ataulf, había tenido de su segundo esposo Constancio, á Valentiniano III; dos oficiales de gran importancia apoyaban á la emperatriz, un romano, el conde Bonifacio que gobernaba en África, y un bárbaro, Aecio, que se encargó de la prefectura de las Galias. Las intrigas de la corte contra Bonifacio, acarrearón una inmensa desgracia; los vándalos divididos

de los suevos en España por los visigodos, estaban confinados en la Bética (que lleva hoy el nombre de Andalucía derivado de Vandalucia) y espiaban el África; llamados por Bonifacio, acuden en tropel acaudillados por Genserik, se unen con los indómitos moros y berebers, lo atacan, lo destruyen todo, sitian á Hipona, en donde muere el obispo S. Agustín, expulsan á Bonifacio, á quien Aecio mata en Italia y establecen su capital en Cartago. Tremenda había sido la catástrofe; otra mayor amenazaba. Los Hunos, bajo el gobierno de Etzel ó Attila, llamado por los cristianos *el azote de Dios*, habían sojuzgado á la Germania entera entre el Danubio y el Rhin; despues de ensayar una invasión en el imperio de Oriente, en 451 aparecen en el Rhin, seguidos de innumerables tribus germánicas y asiáticas. Aecio reúne sus legiones, convence á los burgundios, á los visigodos, á los franks de Meroveo, de que el interés de todos está en la lucha; vence á Attila en Chalons y lo obliga á retirarse. No estaba salvado aún el imperio romano—germánico; Attila penetra en Italia y amenaza á Roma; las súplicas del papa León, una promesa de tributo y la llegada de Aecio con un ejército del imperio de Oriente, salvan á la ciudad. Attila vuelve á su capital de casas de madera en Pannonia y muere en una noche de orgía. Sus generales se disputan la corona, y el imperio asiático se disuelve. Stilikón se había consagrado á identificar á los bárbaros con el imperio; Aecio se dedicó á distribuérseles; hizo reconocer á Genserik como señor del África, para asegurar los víveres de Roma; á los visigodos como dueños de la comarca que se extiende entre el Loire y el estrecho africano, á los burgundios en las cuencas del Ródano y el Saone, á los franks en la orilla izquierda del Rhin; todos reconocían la supremacía imperial; pero el imperio de Occidente ya era apenas un imperio romano. Valentiniano, temiendo la ambición de Aecio lo asesina, y esta “mujerzuela insensata,” como llama al emperador un contemporáneo, es asesinado á su vez (455).

3. El imperio no tenía dueño; los vándalos que dominaban el Mediterráneo con sus numerosas flotillas de piratas, invaden á Roma y la saquean sistemáticamente durante 14 días; desde entonces la ciudad reina empezó á ser la ciudad de las tumbas; ciudad en ruinas, sin policía, sin defensa, sin otro amparo real que su obispo, su *papa* como le llamaban los bizantinos. Los bárbaros hicieron desde entonces á los emperadores; los visigodos á un retórico llamado *Avitu*, que fué pronto expulsado por quien ejercía realmente la suprema autoridad en

Italia, el suevo Ricimer. El Senado y Ricimer nombran á Maioriano, excelente hombre que organizaba una inmensa expedición contra los vándalos en Cartagena, cuando el receloso Ricimer lo hizo asesinar (461). Después de una criatura suya, L. Severo, á quien envenena al fin, Ricimer, que apenas gobernaba en Italia desde Milan, deja intervenir al emperador de Oriente que de acuerdo con el Senado, envía á un hombre útil, Anthemio, que casa con la hija de Ricimer y concierda con los bizantinos una expedición definitiva contra los vándalos, que fracasa. Entonces el suevo trata con el vándalo, asegura el envío de los trigos á Italia y arroja del trono á Anthemio. El problema político era un asunto de víveres para Roma; Genserik designa al nuevo emperador, un tal Olybrius, á quien Ricimer conduce á Roma, de que después de una serie de combates se apodera; más el bárbaro y su protegido perecen en aquella confusión terrible de matanza y de ruina, víctimas tal vez de la peste (472). A la muerte de Ricimer, un antiguo secretario de Attila, Orestes, dispone del ejército y del poder. Algunos emperadores pasan aun como sombras; por fin, Orestes, dueño de Ravena, deja proclamar emperador á su hijo, un adolescente, que por una coincidencia singular se llamaba *Romulus-Augustulus*. Al saberlo los *federados* ó auxiliares bárbaros se sublevan, y su jefe Odoacro ú Odoavr, arroja al infeliz Augustulo del trono (476). El Senado en nombre de Odoacro escribió una carta á Zenón emperador de Oriente, diciéndole que no mandase otro emperador á Roma, porque bastaba la majestad de Zenon para llenar ambos imperios y rogándole que enviase á Odoacro el título de patricio y el gobierno de la diócesis de Italia.

BIBLIOGRAFÍA.—*Monumentum Anciranum* [reproducido en Duruy t. IV, trad. Perrot] *Tácito*, todas sus obras, menos el trat. de oratoria. *Suetonio*, *Cesares*; *Dion Cassio* y *Appiano*, *Historias romanas* trad. fr.; *Esparciano*, *Capitolino*, *Galicano*, *Lampridio*, *T. Polion*, *Vopisco*, *Herodiano*, redactores sucesivos de la *Historia Augusta* que empieza con Hadriano y acaba con el 3er. Siglo (trad. fr.) *Aurelio Victor* los *Cesares*; *Amiano Marcelino* (cronista de 1er. orden, queda una parte corta de sus *Rerum gestarum* sobre sucesores de Constantino). *Mommsem* 2ª parte en publicación de su *Hist.* trad. fr. *Duruy* ob. cit. *Frieddaender* (costumbres en los 2 primeros siglos) Roma bajo Augusto y los Antoninos tr. fr. Para las Instituciones: Manual de Mommsem y Marquardt, vols. pubs. trad. fr. B. Leclerc ob. cit. *Willems*, *Derecho público*. Para la hist. del Crist. *Renan* *Orig. del Crist.* los 6 vols. desde Apóstoles á M. Aurelio; *Allard* las *Persecuciones* 5 vols. y *Zeller* *Hist. de la Edad-Media* 1er.

vol. *Lavisse*: *Orig. de la hist. de Alemania* 1ª parte. *Gibbon*: *Decadencia del Imp. Romano* (trad. f. del Pantheon v. I) *Littré* *Los Bárbaros*, para el Siglo V.

Observaciones generales.

1. El imperio, bosquejo grandioso en manos de César, fué una realidad duradera en las de Augusto, porque de la República hizo suyo lo que quedaba, una apariencia, y de la dominación, desarrolló los elementos vitales, el orden y el derecho. 2. El imperio vivió de una práctica y se orientó hacia una teoría; la práctica fué la unificación y la pacificación; su ideal la unidad. 3. *Pacificó*, ya lo vimos, no extremando el derecho de conquista, permitiendo la vida propia á las infinitas entidades que lo componían y cuidando de que esto no redundara ni en asociación de ciudades entre sí, ni en anarquía interior; tal era el orden; Roma lo garantizó con su solo prestigio, arma principal de sus agentes. *Unificó* concentrando normalmente un vastísimo mecanismo administrativo, absorbiendo en la ciudad jurídica al mundo conquistado y haciendo suyos todos los cultos, en uno solo confundidos. Ambas cosas se lograron plenamente. 4. Para imprimir unidad absoluta á este cuerpo, para que todo conspirase á un fin único, Roma inventó dos medios superiores: la jurisprudencia, una regla racional que normara la vida individual de cada uno de los habitantes del Imperio, y la religión de Roma y Augusto, una ficción que sirviera de símbolo de unión á todo esfuerzo del organismo social. Pudo Roma por estos medios proteger la conservación y aun el adelantamiento [de la cultura helénica ó humana y procurar que se la asimilase el mundo occidental. 5. Varios obstáculos impidieron principalmente que la forma dada por Roma al mundo persistiera, si bien su espíritu entró como impercedero elemento en las combinaciones subsecuentes del progreso humano. Estos obstáculos fueron internos, v. g. la extinción de la vida municipal á fuerza de reglamentación y centralización, lo que tornaba á la administración en una máquina inconsciente, y la evolución fatal de la dictadura del emperador, en el sentido de su propio principio, hasta convertirse en un despotismo oriental y hereditario, atenuado por la rebelión y el regicidio. Y sin embargo, aquel omnipotente (*solutus legibus*) desligado de la ley, pero sometido á las leyes de su

organismo y de su espíritu, frecuentemente anormales, no logró conjurar los dos grandes peligros externos que tendían á romper la unidad: el Cristianismo y los Bárbaros. 6. El Cristianismo creaba la dualidad en el Imperio: una Iglesia y un Estado; los Bárbaros rehacían, rudos y frustráneos, pero vigorosos, los grupos nacionales que Roma había ahogado en su seno. Era el imperio una fuerza decadente, pero fuerza aún. Para evitar la dualidad, adoptó al Cristianismo, y para impedir la pluralidad adoptó á los Bárbaros. 7. Con todo, esa fuerza estaba ya gastada; el despotismo había declinado en despotismo fiscal y, ó nulificado ó conjurado contra él los intereses económicos que un tiempo fueron la sustancia misma del régimen imperial, y aquellos elementos en plena actividad que entraban en su seno, lo hicieron estallar; el Imperio dividido tornóse una continuación del helenismo en decadencia, en derredor de Constantinopla y una desordenada poliarquía en Occidente; aun se habían de renovar las tentativas de unidad, pero sin éxito.

EDAD MEDIA.

DIVISIONES: 1.^a PERÍODO DE LAS INVASIONES.—2.^a PERÍODO DEL FEUDALISMO.—3.^a PERÍODO DE LAS NACIONALIDADES.

PERIODO DE LAS INVASIONES.

Subdivisiones: 1.^a Godos y Francks.—2.^a El Imperio de Oriente, los Invasores y el Obispo de Roma.—3.^a Los establecimientos de los invasores en el Siglo VII.—4.^a Los árabes.—5.^a Restauración germánica del Imperio de Occidente

GODOS Y FRANCOS.

(Siglo V á VIII).

1. Theodorik organiza las hordas ostrogóticas; Italia invadida y sojuzgada (489) Un imperio gótico heterodoxo.—2. Los Franks; su conversión al cristianismo ortodoxo; su papel en las Galias.—3. Los merovingtos en el Siglo VI.

1. Entre los pueblos que había arrastrado en sus algaradas gigantesca la aventurera gente húnica, los godos del Este (ostrogodos) medio subyugados y medio aliados, formaban sin duda el grupo más importante; cuando el imperio de Attila acertó á disolverse, el elemento ostrogótico quedó como un sedimento germánico de la incoherente dominación tábara, depositado en las regiones medias del Danubio (Pannonia). Un príncipe de hermosa figura y de prestigioso valor, educado en la corte de Constantinopla, Theodorik ó Dietrik, hereda el trono, completa la reorganización de su pueblo y recorre con sus ostrogodos en armas, la región comprendida entre el curso inferior del Danubio en que tropieza con los Búlgaros y las costas griegas del Adriático. El emperador Zenón celebra con él un pacto y lo arroja sobre Italia con sus hordas bárbaras [*migrante in Ausoniam mundo*]. Teodorik en su calidad de comisario imperial, conquista sobre el rugio Odoakro la Italia septentrional, y ayudado de los obispos italianos que eran ya potencias de primer orden en las ciudades, y que veían en la empresa